

Moby Dick y EE.UU., Hoy

Los Estados Unidos de América encabezan la defensa de la democracia y de muchos valores culturales de nuestra época. ¿Quién mejor entonces que Herman Melville para ilustrarnos respecto del espíritu democrático que inspiraría la política internacional de su país? Porque los buenos escritores nos iluminan con mayor intuición que la historia sobre las inquietudes, esperanzas, ambiciones y desencantos de sus pueblos. Y a veces con clarividencia. ¿Acaso no encarnaría *Moby Dick*, entre las interpretaciones que inspira su riqueza simbólica, al enemigo de la democracia norteamericana, excluyente de cualquier otra forma de gobierno, e imbuida de los principios cristianos profesados por los padres de su independencia; y el enloquecido capitán Ahab, una mezcla de rey Lear y Hamlet, a juicio de un comentarista, al campeón dispuesto a defenderla a lo largo y ancho del mundo? ¿Y no es el "Pequod" —el barco ballenero cuya tripulación procede de diversas naciones, incluyendo a un chileno, que el propio Ahab menciona en una de sus alocuciones— una síntesis de los Estados Unidos de América?

Ya desde el prodigioso sermón del padre Mapple, un ex marinero, en la capilla del ballenero de New Bedford, al comienzo de esta magna obra —*Moby Dick* es la novela más grande escrita en América y una de las cumbres de la literatura universal—, donde expone la historia de Jonás con un pintoresco lenguaje sazonado de términos náuticos, advirtiéndonos de cómo el profeta "creyó que un barco construido por hombres podría llevarlo a una tierra donde no reinara Dios, sino los capitanes de este mundo", inferimos la obligación para los gobernantes de regir sus naciones ciñéndose a las normas emanadas de las Escrituras.

A su vez el narrador, con su bíblico nombre de Ismael, define a Dios como "centro y circunferencia de toda democracia". Y agrega luego con particular énfasis y convicción: "Tú (¡gran democrático Dios!), que siempre, siempre elegiste Tus campeones entre las regiones comunes..." Siendo Dios el demócrata por excelencia, Satanás es y será siempre el gran enemigo de la democracia. Y, en especial, de la norteamericana. Recuérdese que un presidente de los Estados Unidos calificó a la URSS como imperio del mal.

En *Moby Dick* el adversario toma la forma de un cachalote de gran magnitud y ferocidad, que se escabulle fácilmente y, aunque ha recibido centenares de arponazos, sobrevive como si fuese inmortal. Además es blanco, un color que para el cristiano representa el bien y la pureza. El diablo, como buen embaucador, disfruta desconcertando a sus víctimas. Y su perseguidor es Ahab, un héroe "forjado para las tragedias más nobles", según Melville, que en un primer intento por matarlo se había lanzado al mar con una hoja de seis pulgadas, pero Moby Dick le siega una pierna con "su mandíbula en forma de hoz". De aquí nace el odio de Ahab, quien terminará considerando a la ballena blanca el paradigma del mal en una humanidad inmersa en el pecado. "Si yo fuera el viento, no soplaría en un mundo tan perverso y misera-



La genialidad narrativa de Melville reviste de dimensiones apocalípticas la lucha final entre los hombres del "Pequod" y el coloso marino.

ble", dice Ahab. Asoma aquí el puritanismo norteamericano, aún no del todo extinguido.

Zarpa el "Pequod" desde Nantucket a cazar ballenas, aunque Ahab la toma en su fuero interno como una operación encubierta destinada a recorrer los siete mares, si es preciso, para encontrar a ese enemigo ubicuo, maligno y traicionero. Ahab posee la suficiente elocuencia para insuflarles a sus hombres, con la mejor retórica shakesperiana, la necesidad de acabar con la bestia, y en una premonitoria arenga les dice: "Esta cosa ines-

Con más de un siglo de anticipación, el genio de Melville previó la política exterior de su país.

crutable es, principalmente, lo que odio; y ya sea el cachalote blanco agente, ya actúe por su propia cuenta, lo cierto es que descargo ese odio contra él..." Ahab sabe que algunos de sus tripulantes lo consideran un desequilibrado, y también él lo sospecha: "Todos mis medios están sanos; mis motivos y objetos, locos". Pero esta conclusión no atenúa sus propósitos de venganza contra el cetáceo blanco.

La locura impulsaba a don Quijote —Melville fue un gran admirador de Cervan-

tes— a cargar sobre enemigos ilusorios, como los molinos de viento, pero Ahab se lanza contra un gigante marino real, un verdadero leviatán. Con más de un siglo de anticipación, el genio de Melville previó que su país, resuelto a defender sus ideales políticos y de vida, enviaría a sus "campeones" a los lugares más lejanos, no siempre con éxito, y exponiéndose a críticas adversas, porque muchos interpretan estos actos como impulsados por una política imperialista. Y aunque algunos lo fueron, en otros la defensa de la democracia ha sido el objetivo evidente.

Pero Melville no se engaña con este afán de imponer los principios mediante la fuerza. Estados Unidos llegó a ser la primera potencia de la humanidad gracias al *american way of life*. En un mundo vulnerable al bombardeo incesante de emisiones audiovisuales —que nos revelan al segundo lo acaecido en las más remotas latitudes, incluso tras los muros alzados por el totalitarismo— enterarse del nivel de vida logrado en democracia fue decisivo, eficaz e irreversible.

La epopeya de la cacería de la ballena blanca termina en un descalabro, y Ahab exclama al presentirlo: "Soy el lugarteniente del destino: no hago más que cumplir órdenes..." ¿Actúa entonces en nombre de valores superiores? Es evidente que sí, pero en su obsesión hubo un hecho que al parecer olvidó: el cachalote blanco representaba las fuerzas oscuras del mundo, que son muy poderosas. Además, la finalidad de su lucha fue principalmente punitiva, tanto para castigar la amputación de su pierna, como para eliminar a un enemigo de la humanidad. Pero Ahab muere y Moby Dick queda viva.

"En principio, al pensar en el mal, por excelentes que sean nuestras intenciones, tendemos a crear ocasiones de que el mal se manifieste", señala Aldous Huxley. Las luchas en este mundo, añade, deben darse en pro del bien y no contra el mal, a favor de Dios y no combatiendo al demonio. Así se desprende de la advertencia que le hiciera el piloto del "Pequod", Starbuck, al capitán Ahab: "¡Mira!, Moby Dick no te busca. Tú, en cambio, lo buscas como loco".

La genialidad narrativa de Melville reviste de dimensiones apocalípticas la lucha final entre los hombres del "Pequod", en sus frágiles botes, y el coloso marino, en medio de la inmensidad del Pacífico. Moby Dick destruye el barco con sus acometidas, y toda la tripulación perece, excepto Ismael. "Y escapé yo solo para daros la noticia". Es la cita de Job que encabeza el epílogo.

Con la desintegración de la URSS el peligro de un holocausto nuclear se ha suspendido por ahora. Pero de la impredecible naturaleza humana todo puede esperarse, y en cualquier momento. Los sucesores de Ahab deberán tener presente su funesta experiencia, porque las últimas páginas de la grandiosa novela de Melville nos hacen recordar las palabras del Señor: "Ustedes, pues, estén sobre aviso; miren que se los he predicho todo". (San Marcos 13.23)